

La guerra de Amaya

Vicente Muñoz
Puelles



ANAYA

En memoria de Amaya (1921-1989)

I

Las dos cabritas

—¡Adiós, Rosina!

—¡Adiós, Paloma!

—¡Rosina, Paloma, adiós!

Mi hermano Aure y yo nos despedíamos de las dos cabritas que habíamos tenido en Peciña, una aldea de Álava donde pasamos cuatro o cinco años. Cerca ya de la noche, un hombre había venido a recogerlas, porque al día siguiente nos mudábamos a Marquina y no podíamos llevarlas con nosotros.

—No os preocupéis —nos dijo—. Conmigo estarán bien. Yo también tengo hijos.

La mía, Rosina, era del color de la miel de azahar. Paloma, la de Aure, tenía la piel completamente blanca, salvo por el hocico rosado y los ojos rojizos. Cuando las acariciábamos, alzaban las cabezas y cerraban los ojos de largas pestañas.

Mamá parecía aturdida. Ella, que siempre estaba preocupada porque Aure dejaba que las cabritas le mordisquearan el cabello como si fuese hierba, y temía que sin querer le arrancaran una oreja, ahora alababa sus virtudes.

—Son muy mansas, muy dulces, como perrillos. Parece como si lo entendieran todo.

No se daba cuenta de que, al hablar así, nos hacía la separación más difícil.

Tampoco las cabritas parecían dispuestas a irse con un desconocido, y menos a horas tan tardías. Pero el hombre

les puso una cuerda al cuello, junto a las campanillas de latón.

Viendo que se las llevaba, nos arrojamos sobre ellas, y las cubrimos de besos y abrazos.

—¡Adiós, Paloma!

—¡Adiós, Rosina!

A su modo, las campanillas nos contestaban:

—¡Adiós, adiós!

Durante un buen trecho, mamá dejó que acompañásemos a nuestras amigas. Luego nos cogió de la mano y nos llevó de regreso a casa.

Ni el hombre ni las cabritas se volvieron para mirarnos. Habían desaparecido de nuestra vista y aún creíamos oír las campanillas. No dejamos de oírlas ni siquiera a la tarde siguiente, cuando llegamos a Marquina.

Aure era un año mayor que yo. Ambos habíamos nacido en Cenicero, Logroño, donde vivía la abuela Justa. En mi recuerdo es una ciudad casi subterránea, con grandes bodegas, que desprendía un intenso olor a vino.

De niños, Aure y yo atribuíamos a los adultos unos poderes exagerados. Entre ellos estaba la facultad de conocer nuestros pensamientos con solo mirarnos. Por eso, cuando se hallaban delante, procurábamos no pensar nada que pudiera disgustarles.

A veces, imaginábamos que si les mirábamos fijamente a los ojos, también nosotros acabaríamos sabiendo qué pensaban.

—Mamá, ¿para qué quería aquel hombre nuestras cabritas?

—Ya lo sabes. Para regalárselas a sus hijos.

—¿Y por qué no vinieron sus hijos a recogerlas?

—¡Qué sé yo! Querría darles una sorpresa.

La mirábamos a los ojos, pero acabábamos bajando la mirada. Por algo ella era mamá, y nosotros sus hijos.

Tanto mamá como papá eran maestros nacionales, y cambiaban continuamente de destino. Mientras, la familia iba aumentando. En Peciña nació Ramón, el tercero, y en Marquina, uno tras otro, llegaron al mundo Cecilio, Manuel y Mario. A Ramón lo llamábamos Monchi, y a Cecilio, Lito. Manuel era Lolo, y solo Mario conservaba su nombre de pila. Naturalmente, Aure venía de Aureliano.

Yo estaba encantada, porque siempre había con quién jugar. Creía que un matrimonio podía tener infinidad de hijos, e imaginaba que terminaríamos siendo muchísimos, cien o doscientos, y necesitaríamos una casa enorme o un pueblo entero para nosotros solos.

En Marquina, Aure y yo aprendimos el vascuence casi sin darnos cuenta. Era muy divertido, porque incluso podíamos hablar delante de nuestros padres sin que nos entendiesen. Ahora solo me acuerdo de los números y de palabras sueltas. Supongo que si me pusiese a estudiar lo recordaría con facilidad, pero ya no tengo con quién hablarlo.

Desde Marquina hacíamos excursiones a los alrededores: Deva, Ondarroa, Lequeitio... En Guernica vimos la Casa de Juntas, ante cuya fachada había dos robles. Uno de ellos, ya seco, estaba en una urna de cristal, como las reliquias de las iglesias. Papá nos dijo que el roble vivo era un retoño del antiguo, y que allí los reyes de España juraban fidelidad a los derechos de los vascos. A cambio, recibían una promesa de lealtad como señores de Vizcaya, y no reyes.

Cuando papá nos contaba estas cosas, la emoción se le notaba en la voz y en los ojos. No era alto, pero iba siempre muy erguido, con el cuello tieso. De joven se había caído de una mula, en un barranco cerca de Melilla, donde hizo el servicio militar, y llevaba un aparato ortopédico en la espalda que se aflojaba para dormir.

Mamá, que había estado un tiempo sin ejercer, obtuvo plaza en la escuela de párvulos de Araya, en Álava. Allá nos mudamos de nuevo, mientras papá permanecía en Marquina.

Éramos como una alegre banda de gitanos, yendo siempre de un lugar a otro según las estaciones y los vientos. Quizá sea esa la razón de que todavía hoy, al despertar, me cueste un poco saber dónde estoy.

Cuando en el 31 la República se proclamó en Éibar y el rey huyó, todos pasamos un día de fiesta en Vitoria, donde papá tenía una hermana casada, la tía Constancia.

Recuerdo haber visto por primera vez, en la calle, banderas tricolores y algunas rojas, y una cabalgata en la que una mujer, con una túnica y un gorro que me hacía pensar en la cresta de un gallo, iba de pie sobre una carroza y sonreía mirando al frente. Al principio yo creía que aquella mujer se llamaba República, del mismo modo que mi tía se llamaba Constancia, y que aquellos fastos eran en su honor.

En medio del ruidoso gentío, papá se agachó de pronto, me levantó en brazos como si no le doliese la espalda y me dio un beso.

—Amaya —me dijo con ternura—, mira bien todo esto y no lo olvides, porque para nosotros hoy empieza el futuro.

II

La curandera

El siguiente destino de mamá fue Calvelo de Lamama, un caserío minúsculo de Galicia envuelto en niebla, con los muros manchados de musgo. Cuando papá vino a Calvelo a visitarnos por Navidad, mamá volvió a quedarse embarazada. Debían quererse mucho, porque era como si les bastara con verse.

Mamá había tenido tantos hijos que el parto sobrevino sin previo aviso. En medio del revuelo se olvidaron de mí, y pude asistir al nacimiento de mi hermana Gloria en una cama de barrotes de latón. No acababa de entender lo que estaba viendo: aquel rostro querido desfigurado por el dolor, con el cabello apelmazado en las sienes y la nariz dilatada; el cuerpo hinchado que se agitaba bajo las sábanas; las piernas muy abiertas, como las de una muñeca rota.

Estaba muy acostumbrada a ser la única chica entre tanto niño, y no esperaba una hermana sino otro hermano. Cuando apareció el cordón umbilical, reluciente y de un intenso color violeta, pensé que a mamá o a la recién nacida se le habían salido las tripas. No me desmayé, pero retrocedí unos pasos, tropecé varias veces con la pared y salí de la habitación dando tumbos.

En realidad mi hermana se llama Olga Gloria. Siempre fue Olguita para nosotros, pero después de la guerra mamá y yo empezamos a llamarla Gloria a secas, para no provocar las suspicacias de los vencedores.

—¿Olga? ¿No es un nombre ruso? —nos preguntaban de vez en cuando, como si la niña estuviese marcada por un estigma.

Recuerdo que, durante la República, para pedir café con mantecado aquí en Valencia se decía: «Un ruso, compañero». En cambio, ahora se dice: «Un nacional».

Pero me estoy adelantando.

Pudo ser a causa del paisaje neblinoso, de la lluvia continua o del carácter de la gente, que me parecía resignada y lúgubre. El caso es que en Calvelo empecé a languidecer. No era la única. Las muchachas de allí, zagalas como las llaman, pasaban el día entero en el prado, bajo el cielo encapotado, mirando pastar a las vacas. No hacían otra cosa, para disgusto de mamá, que en vano intentaba convencer a sus padres de que las llevaran a la escuela.

—¿Para qué, doña Francisca? —le preguntaban con desconfianza—. ¿Usted ha visto que en el prado haya libros?

A ellas les acometía la morriña, que es una forma de melancolía o de añoranza extrema: se echa de menos algo que no se sabe expresar y que nunca se ha tenido. Y adelgazaban a ojos vista.

Yo creía que me pasaba lo mismo, y tampoco probaba bocado. No era que no sintiese hambre, sino que simplemente no podía tragar, y mamá estaba muy preocupada. En cuanto a Aure, no me hacía caso, y después de la escuela se dedicaba a vagar por los montes. Mamá decía que eso era normal en un chico, y no me dejaba ir con él porque quería que le ayudase con mis otros hermanos. Pero yo estaba acostumbrada a su compañía, y lo echaba de menos.

Una tarde anocheció y empezó a tronar, cuando aún no había vuelto. Me acordé de una historia que me habían contado,

y que supuestamente había sucedido cerca de allí, sobre un chico que llevó las vacas a pastar al pinar, un día de tormenta. Para que no se le escaparan, porque el viento zarandeaba las copas de los pinos, y las *fadas* parecían cantar entre las ramas, se ató a la cintura la maroma que sujetaba las reses.

De repente aulló un lobo, y al sentirlo tan cerca las vacas se lanzaron *corredoira* abajo. El chico quiso detenerlas, pero no pudo. Atado por la cintura, fue tropezando con troncos añosos, rocas y zarzales. Sus gritos de dolor asustaban más aún a las vacas, que no se detuvieron hasta llegar a la falda de la colina, cuando el chico ya estaba muerto.

Aunque mi hermano no cuidaba ninguna vaca, la oscuridad y la fuerza de la lluvia me hacían temer lo peor. Pensando que podía caerse por algún barranco, me eché a llorar.

—¡Calla, calla, que asustas a los pequeños! —me pedía mamá.

Pero yo era incapaz de aguantarme, y estuve llorando hasta que Aure volvió, tan fresco como siempre, aunque empapado, contando que la lluvia le había sorprendido en el monte y había tenido que guarecerse en una paridera.

La gente murmuraba que yo era tan sensible porque tenía *o demo*, es decir el demonio. Y es que allí no solo creían en las *fadas*, sino también en toda suerte de criaturas. Se cruzaban con un gato negro, y decían que era un duende. Veían un perro que gruñía ante la puerta de un vecino y aseguraban que era *o demo*, que le anunciaba la muerte. Y, a falta de libros, se entretenían hablando de la Santa Compañía y las *meigas*.

Mamá les decía que había que racionalizar los miedos, pero no la entendían o no querían entenderla.

—Es que a mí me gustan mis *medos* —protestaba una mujer que venía a ayudarnos en las faenas de casa—. Además,



hay *demos* que son buenos. Nos traen a casa el maíz que roban en los graneros, cuidan de nuestras tierras y hasta nos cepillan los zapatos. Otros son malos y desentieran los cuerpos de los niños en los cementerios. Y otros simplemente se burlan, se ríen en los rincones, nos distraen para que se nos queme un guiso o se beben las botellas de la despensa. Hay que ver si el *demo* que tiene Amaya es bueno o malo.

Cogió un palo y marcó en el suelo, a mi alrededor, una estrella de cinco puntas. Como era de esperar, no sirvió de nada y seguí encontrándome igual de mal.

Al final, la gente insistió tanto que mamá se resignó a llevarme a una curandera, que vivía en las afueras del caserío. Creo que, si papá hubiera estado con nosotros, no se habría atrevido. Pero papá no estaba, y el médico más próximo se encontraba lejos, en un pueblo que, según creo recordar, se llamaba Maceda.

La curandera era una mujer de mediana edad, robusta, que canturreaba todo el tiempo con voz alta y quejosa. Al moverse, exhalaba un olor pronunciado, a tabaco y sudor.

Me examinó a conciencia, sin preguntarme nada. Me quitó la falda, me subió la blusa y se puso a frotarme el vientre con un trapo que, según ella, contenía un unto de sus pechos, un ungüento infalible y decisivo para ahuyentar a los demonios más recalcitrantes.

Asombrosamente, a las tres o cuatro sesiones empecé a sentirme mucho mejor. No sé si me curó el ungüento o el miedo a sufrir más veces un tratamiento tan turbador y repulsivo.

III

La Escaleroña

Después de haber estado separada durante un tiempo, nuestra familia volvió a reunirse, esta vez en Gijón, donde papá había conseguido una plaza de director de escuela.

Era en el 33. Yo empezaba a cansarme de ir de un lado a otro, y tenía la impresión de que por fin íbamos a echar raíces.

Alquilamos un piso espacioso en la plaza de San Miguel, donde confluían seis o siete calles. En el centro de la plaza había unos árboles protegidos por aros de hierro y un jardín con bancos. Me gustaba sentarme en ellos y mirar nuestras ventanas iluminadas, en el cuarto piso. «Ahora pasará esa chica que se me parece», pensaba.

Era un bonito edificio, quizá demasiado elegante para nosotros, que llegábamos de una aldea. Acostumbrados a comportarse como pequeños salvajes, mis hermanos gritaban, ponían los muebles patas arriba y escupían despreocupadamente en los suelos de mosaico o en las baldosas. O bien salían al rellano, se deslizaban por la barandilla de la escalera y en seguida volvían a subir, dispuestos a repetir la hazaña.

Balbina, la portera, era una mujer locuaz y voluntariosa.

—Amaya, no sabes el trabajo que me dan —se quejaba—. Ya sé que tus padres están muy ocupados, pero habría que decirles algo a tus hermanos.

Así que a veces me tocaba representar el papel de hermana responsable. Cuando les regañaba, Aure se escabullía, como si el

asunto no fuera con él. Monchi y Lito me escuchaban con cara de circunstancias, conteniendo la risa, prometían corregirse y enseguida volvían a las andadas. Y Lolo y Mario me miraban como si no entendieran.

Algunos días salíamos a pasear. Me impresionaban las piedras de color carne de los edificios antiguos, los cines lujosos que antes habían sido teatros, los castaños de Indias de los parques y sobre todo el arco cambiante de la playa de San Lorenzo, con sus bulliciosos balnearios y las casetas de baños.

Pero también había un Gijón gris, de carbón, de fábricas y de astilleros, de míseros arrabales y de viviendas obreras, hacinadas en el patio interior de algunas manzanas —ciudadelas, creo que las llamaban—, que yo miraba de reojo y con preocupación, precisamente porque no entendía que pudieran existir juntos.

A principios de septiembre hice el examen de ingreso en el instituto Jovellanos, un antiguo caserón de tres plantas situado frente a la Iglesiona.

En el tribunal había tres profesores, cada cual más solemne. Aure, que también se presentaba, acabó enseguida y abandonó el aula, sin dedicarme siquiera una mirada de aliento. Hice la redacción sin dificultad, pero al comprobar que la división se me resistía me puse a llorar en silencio.

Un hombre más bien bajo, de ojos grandes y azules, se me acercó despacio. Tenía el cabello completamente blanco, pero el rostro terso y sonrosado conservaba un aire juvenil.

—No te pongas nerviosa, chiquilla —me aconsejó, con una amplia sonrisa—, que aquí no somos antropófagos. Quiero decir que no nos comemos a nadie —añadió, al ver mi cara de pasmo.

Terminé la división como pude, y salí.

Los hados debieron apiadarse de Aure y de mí, porque nos aprobaron a los dos.

En octubre fuimos al instituto, a estudiar Primero. No conocía a nadie, y me sentí mareada al verme en aquel caserón, con tantos chicos y chicas mayores. Un bedel me indicó la situación del guardarropa de las chicas, que estaba atestado y donde todas hablaban al mismo tiempo. Allí dejé los chanclos y el impermeable. Con otras alumnas de mi edad, tan aturcidas como yo, recorrí un laberinto de pasillos y entré en el aula.

La mañana transcurrió en un suspiro. Al acabar las clases, me rezagué sin querer. Aure ya se había ido. Busqué el ropero para recoger mis cosas y me perdí. Estuve dando vueltas y revueltas por los pasillos, angustiada y sola. Alguien me había contado que allí era posible cruzarse con el fantasma del propio Jovellanos, con su levita y sus zapatos de hebilla. No creía esa historia, pero a ratos me parecía oír sus pasos vacilantes a mis espaldas.

Miraba por las ventanas y veía caer una lluvia fina y abundante. *Orbayaba*, como dicen allí. No me importaba mojarme la ropa, pero necesitaba los chanclos para no estropearme los zapatos. Cuando ya desesperaba, me encontré con el profesor de cabello blanco que me había animado en el examen de ingreso.

Le conté mis dificultades y él mismo me acompañó al guardarropa, me puso el impermeable y me condujo a la puerta principal. Por el camino se enteró de que yo estudiaba Primero y de que mi nombre era Amaya Puelles.

—Tú te llamas Puelles, y yo Pueyo —comentó, divertido.

No parecía acordarse de mí. Me explicó que Puelles era un apellido de origen asturiano, y que cerca de Villaviciosa existe

una aldea que se llama así. Yo tenía entendido que nuestra familia procedía de Álava, pero no se lo dije.

—Mañana me toca daros clase a los de Primero. Si estudias, te querré mucho.

Las matemáticas no eran mi fuerte, pero a partir de entonces me esmeré, deseosa de ganarme su afecto. Cuando me hacía salir a la pizarra, sentía como si la tierra se abriera bajo mis pies, y pese a haber estudiado me aturullaba tanto que lo confundía todo. Pueyo parecía entender lo que me ocurría, porque nunca se enfadaba conmigo ni me llamaba mema o alma de cántaro, como a otras.

A veces, al acabar la clase, me pedía por señas que me quedara.

—Tranquila. No me tengas miedo —me decía—. Yo sé que eres una buena estudiante. Solo te falta confianza.

Al final, como yo era tan sensible, me echaba a llorar. Tras un momento de desconcierto, tiraba cariñosamente de una de mis trenzas y me dejaba ir.

Siempre que podía, al volver del instituto me desviaba un poco para echar un vistazo a la Escaleron, una escalera monumental con una plataforma o mirador y un poste de hormigón, que se alzaba al borde de la playa. El poste tenía un termómetro gigante, con los números de bronce y los grados con luces de color rojo. Llevaba además tres relojes en la parte superior, visibles desde cualquier parte del arenal. El remate del poste, de vidrio transparente, se iluminaba de noche, por lo que también servía como faro o al menos como referencia para los barcos.

Adosada al remate se erguía un asta con una bandera, de distinto color según la peligrosidad del mar y la fuerza del viento. Únicamente se izaba la bandera roja cuando soplaba el



Nordeste, un viento impetuoso y pertinaz, que obligaba a los bañistas a abandonar la playa y los devolvía a sus casas.

Algunos domingos íbamos a la Escalerona a la hora de la pleamar. Mis hermanos y yo nos agarrábamos a la barandilla y nos imaginábamos en la proa de un barco que surcaba el océano, o bien bajábamos unos peldaños redondeados y nos quedábamos allí, conteniendo la emoción, viendo cómo el agua subía vertiginosamente, dispuesta a inundar la ciudad, y de pronto se quedaba detenida a pocos metros, removiendo la arena y jadeando como si le faltara el aliento.